

CÓMO HACERSE ESCRITOR

Y no ahogarse entre las palabras

UN
ÁNGULO
ME BASTA

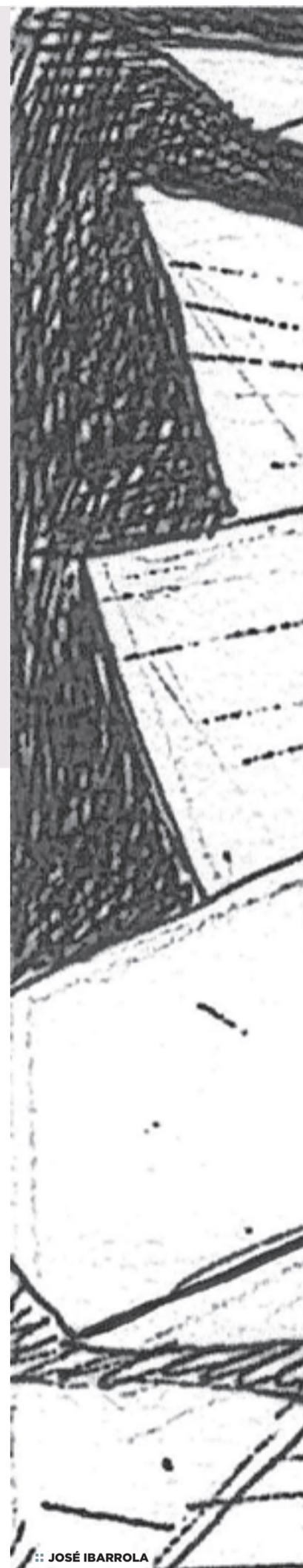
FERMÍN
HERRERO



Frank Conroy fue maestro, en el afamado Writers' Workshop de Iowa, de Raymond Carver, John Cheever, Philip Roth y John Irving, entre muchos otros, de lo más granado de la narrativa estadounidense contemporánea, vaya. Así que supo mucho de cómo forjar a un escritor. Y lo llevó a la práctica. Según el llorado David Foster Wallace, 'Stop-Time' (Libros del Asteroide), su debut literario, «es probablemente el mejor libro de memorias literarias del siglo XX y uno de los libros que hizo que un servidor de ustedes quisiera conver-

tirse en escritor». No menos entusiastas se mostraron en su día colegas de la enjundia de Norman Mailer, William Styron o James Salter.

En efecto, no hay duda del dominio de Conroy de todos los recursos del oficio, pues siendo una narración autobiográfica alcanza el estatus de novela, en gran medida de formación, con escarceos sexua-



JOSE IBARROLA



STOP-TIME

Frank Conroy, Libros del
Asteroide, 424 pp., 22,95 €.

les incluidos, y con un conato de 'road movie' cuando el protagonista intenta escaparse solo hacia el sur en autostop, con quince añitos. Es de destacar la caracterización de los personajes, en particular de algunos secundarios, aparte del núcleo familiar desestructurado, la evocación de escenas con una plasticidad cinematográfica, la capacidad

descriptiva, de clavar el ambiente de los lugares, sea una gasolinera perdida en Delaware o una pista de cochecitos de choque. Su prosa, trepidante, no obstante está siempre atenta a los detalles, da igual en el manejo y trucos del yoyó que en el estilo persuasivo del vendedor ambulante de fruta. Su narrativa es minuciosa y a la vez ligera.

Concebido y escrito sin piedad ni autocompasión, el arranque del libro es ya una declaración de intenciones: «Mi padre dejó de vivir con nosotros cuando yo tenía tres o cuatro años. Se pasó la mayor parte de su vida adulta internado en costosos sanatorios para dipsómanos y víctimas de crisis nerviosas». Para compensar en cierto modo la

rudeza sin paliativos, el pórtico de entrada es un poema de su exquisito compatriota Wallace Stevens. La mentada meticulosidad abarca desde sus correrías pueriles por los bosques arenosos e iniciáticos de Florida, su «paraíso celestial», a su mayoría de edad, pasando por un colegio neoyorkino tipo Salinger, un internado en Elsinor, Dinamarca, una cabaña aislada o una residencia de disminuidos psíquicos donde trabajan su madre y su padrastro un tanto asilvestrado. Pero lo esencial son sus incontables lecturas, aunque «leyera muy deprisa, sin espíritu crítico», refugio seguro para escapar del mundo y vida verdadera, germen de su vocación: «fue entonces cuando pensé por primera vez en ser escritor».